ELVO Editorial · Narrativa
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera edición: octubre, 2025.

© Marta Villada.
© ELVO Editorial.
© de la portada y contrapodtada: Daniel Moscugat.
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscugat.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 1384-2025
ISBN: 979-13-990601-3-3

Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

elvo
EDITORIAL

CAMILA

M. Scott

Epílogo de «Cuarenta almas»

El mercado de Atarazanas siempre ha ejercido cierta atracción sobre mí. Un lugar fascinante, frenético, donde un sinfín de aromas y una amalgama de colores envuelven los sentidos.

Su estilo misceláneo es un viaje en el tiempo, que se remonta a la época nazarí, cuando el mar llegaba hasta las atarazanas donde se reparaban los barcos. Su aspecto sublime no deja indiferente a ningún visitante. Sin embargo, no todos son conscientes del aspecto que el mercado adquiere al caer la luz del día. El hierro que forja sus arcos y gran parte de la estructura le otorgan una apariencia un tanto macabra. La viveza y el trepidante trasiego de transeúntes y comerciantes durante el día se transforman en una solemne quietud, casi fantasmagórica.

Entre los vecinos más cercanos, y otros viandantes, circulan leyendas sobre la actividad nocturna del mercado. Se dice que dos luces simétricas orbitan por sus inmediaciones recorriendo los puestos. A veces, flotan; otras veces, centellean y vuelan como el viento, precipitándose contra las coloridas cristaleras que embellecen la fachada trasera del mercado.

Los más escépticos creen que son las luces de los coches, farolas, o incluso de las viviendas cercanas las que causan tales efectos; otros, piensan que las gemelas jamás se marcharon de casa y salen del sótano por las noches para visitar el mercado en busca de su madre. Los más románticos prefieren creer que son

las almas de Carmen y Víctor que vuelven a reencontrarse. Yo pienso que Raquel y Carmen siguen allí, aferradas a la familia, mimetizadas con el mercado para siempre.

Bajo uno de los pocos eucaliptos que sobreviven en los jardines del Centro Cívico, y que me han servido de inspiración, doy por terminado mi relato basado en los diarios que hace unos años recibí de manos de la mismísima Camila.

Levanto la vista hacia las ventanas del primer piso con la esperanza de una señal. Sé que está ahí protegiendo el Centro a su manera, quizás la menos ortodoxa de todas, aferrándose al lema que le ha servido de redención: Él lo ve todo y lo perdona todo.

CAMILA

Aclaraciones

En esta continuación de mi novela anterior, he creído conveniente estructurar el contenido con la misma disposición obteniendo así dos historias, una de las cuales continúa el diario de Nuestra Señora de la Victoria, que en esta ocasión lleva el nombre de Centro Cívico; mientras que la otra historia, aunque se desarrolla principalmente en Atarazanas, no debe su procedencia a un diario escrito, sino a las memorias narradas por la propia voz de uno de sus protagonistas.

Las inundaciones que Málaga sufrió en noviembre de 1989 fueron un golpe emocional y económico que dejó hundido el corazón y el orgullo de muchos malagueños. He querido hacer un recordatorio no solo para honrar a aquellos que sufrieron sus consecuencias, sino también con la intención de mantener en alerta a los que proceda el saneamiento y vigilancia de la infraestructura de nuestra ciudad, un lugar dinámico y cosmopolita, gran anfitrión y con una rica memoria histórica.

Me gustaría puntualizar que muchas de las anécdotas que aquí se narran están basadas en hechos reales. Algunas de ellas fueron vivencias propias; otras, me fueron transmitidas usando la voz como canal por víctimas, algunas de ellas familiares y amigos, que sufrieron las continuas lluvias y riadas de 1989. Aunque debo decir que me he tomado la licencia de omitir o cambiar los nombres de los involucrados para mantener el anonimato de los

que ya no están entre nosotros y de los que aún viven.

Por otra parte, en lo que concierne a las investigaciones policiales llevadas a cabo en el transcurso de esta novela, debemos tener en cuenta que, en la época en la cual se desarrollan los acontecimientos, la identificación de un cadáver a través del ADN del mismo y su posterior constatación con cualquier base de datos era una técnica innovadora que se había puesto en práctica en escasas ocasiones. Es por ello que, aunque se mencione en alguna ocasión, este procedimiento no se tome como el centro de dichas investigaciones.

Prólogo

La mente es un entresijo de ideas, a veces, sin juicio lógico. Su funcionamiento suele ser preciso, impecable, casi divino. Una infinidad de neuronas se conectan entre sí con el fin de llevar a cabo la ímproba labor de mantener nuestras imprescindibles funciones vitales. Dueña de sus propias decisiones, podríamos considerarla como una gran antagonista del corazón, aniquiladora de sus dictámenes. Sin embargo, necesitamos sentir incluso cuando lo que percibimos no es placentero. Si no apreciáramos el dolor, si no temiésemos nada, si no sintiéramos remordimientos, no podríamos considerarnos humanos. Entonces, ¿cómo podemos llamar a esas personas que parecen carecer de todos o algunos de estos sentimientos?

Visito el Centro Cívico con asiduidad. Me interno en sus jardines y busco sombra en el más anciano de los eucaliptos. Apoyo la espalda sobre su tronco sabio y fiel, que me sirve de lecho e inspiración. El viento mece sus afiladas hojas mezclando el olor dulzón con las fragancias salinas que provienen del mar, transformando el aire en un carrusel de aromas que exalta mis sentidos y me transporta a un pasado que no viví, pero que tengo muy presente. Elevo la mirada hacia la ventana del primer piso del ala este del edificio, preguntándome si seguirá allí protegiendo el Centro a su manera.

No puedo negar que los primeros diarios que recibí, en los cuales se basa la primera parte de esta novela, me sobrecogieron. Una revelación de crímenes y actos cruentos sin aparente excusa, aunque no creo que exista ninguna justificación para la barbarie. Sin embargo, las confidencias de las que me hicieron partícipe mostraban arrepentimiento, en ocasiones transitorio, por parte de algunos de sus ejecutores, incluso ciertos casos podrían atribuirse a los impulsos de una enfermiza psique que regía una frágil voluntad.

En un principio, mientras leía el primero de ellos, dudé de su veracidad y conjeturé acerca de las causas probables que podían generar los estímulos necesarios para escribir sobre tales atrocidades e intentar otorgarles la verosimilitud suficiente como para causar pavor a quien las leyese. Temblé con cada párrafo, con cada línea que acertaba a leer atrapada por el terror que suscitaban sus palabras. Aquel ser no tenía escrúpulos, ni corazón, ni alma que se llevase siquiera el diablo. Una energía la poseía anulando su razón, invalidando su capacidad para distinguir entre el bien y el mal, convirtiéndola en un títere a manos de todas esas neuronas, en su caso, defectuosas, que escapaban a su control. Por otro lado, el segundo manuscrito despertó en mí un mayor escepticismo, pues no podía rendirme ante la idea no solo de que los artífices y testigos de tales acontecimientos mostraran una impasibilidad pasmosa ante sus actos, sino que los justificaran adornándolos con supersticiones y teorías insustanciales.

No obstante, no creo en las coincidencias; las cosas ocurren por algún motivo. No fue el destino el que trajo hasta mí esas memorias; mi abuela ya me hablaba de ellas. Tampoco fue casualidad que ambas, escritas por personas distintas, cobraran sentido después de leerlas, como tampoco ha obrado ninguna fuerza celestial en esta ocasión.

tes, según contaba, que habían llegado a sus manos durante las inundaciones de noviembre de 1989. En su última página, la autora pedía que me fuesen entregados para que yo continuase la historia que había empezado a escribir tras recibir los primeros en 1987. A pie de la última página, un nombre: Camila.

Jardines del Centro Cívico
20 de junio, 1990

Algunos lugares no obedecen al paso del tiempo. Tal vez se deba a que encierran un elemento mágico que les hace permanecer inmutables al porvenir, al progreso, a los inevitables estragos que conseguirían que la esencia que los ha envuelto durante décadas, siglos o milenios se disipase, permitiéndonos acceder tan solo a los rescoldos, ya casi sin vida, de lo que un día fueron.

En calle Sagasta se encuentra una casa que atiende a esta descripción. Aunque algo reformada conforme a lo que a la distribución concierne, la vivienda mantiene ese halo de nostalgia histórica que rodea a los edificios antiguos. Aún huele a cal, a jazmines y al barro reseco de los mosaicos moriscos. El aire conserva olor a mimbre, enea y talegas de pan recién hecho y, si prestas atención, un rumor suena como una nana bajo los adoquines del patio. Es el agua que tiempo atrás suministraba el pozo, que esconde los secretos mejor guardados de esta casa. Las rejas de las ventanas y la terraza superior siguen pintadas de azul y de ellas cuelgan macetas de colores vivos y flores eternas que parecen no languidecer pese al inexorable reloj que marca nuestras horas. La claraboya del ático permanece intacta, favoreciendo que la luz invada la habitación y adquiera tonalidades distintas dependiendo de los vidrios que atraviese. En el tejado, su canalón vertical recoge el agua por el lado derecho de la fa-

chada dejándola fluir como un río con una vida efímera, pero cuyo arrullo adormece a las almas más inquietas y perversas. Hay algo siniestro en esta casa, algo o alguien que se niega a abandonarla, que se aferra a sus muros como si fuera de estos no hubiese otro lugar a donde ir, solo la nada. Y la idea de la nada, del vacío, es terrorífica. Da miedo pensar que, después de todo, no hay nada.

El sótano está cerrado a cal y canto. Jamás nadie ha vuelto a darle vida, pues la entrada fue tapiada con un muro de hormigón tras el fatídico suceso de 1950, en el que un matrimonio falleció en los túneles que se encuentran bajo el suelo. Les sobrevivieron una hija de diez años y su abuela, una mujer demasiado cansada para desempeñar la labor de los padres. Después de aquel día, la casa ha tenido varios dueños e inquilinos. Solo una de ellos la habitó por un largo periodo de tiempo, durante el cual, posiblemente, tuvo la oportunidad de descubrir algunos de sus secretos.

ÍNDICE

Epílogo Cuarenta almas.....13
CAMILA Aclaraciones.....17
Prólogo.....21
Jardines del Centro Cívico, 20 de junio, 1990.....25
Atarazanas, 13 de noviembre, 1989.....27
Atarazanas I, 16 de noviembre, 1989.....29
Atarazanas II, 16 de noviembre, 1989.....39
Centro Cívico, 14 de noviembre, 1989.....50
Atarazanas, 17 de noviembre, 1989.....52
Centro Cívico, 22 de junio, 1987.....57
Atarazanas I, 18 de noviembre, 1989.....61
Atarazanas II, 18 de noviembre, 1989.....71
Atarazanas, 19 de noviembre, 1989.....77
Centro Cívico, 25 de junio, 1987.....85
Atarazanas, 20 de noviembre, 1989.....89
Atarazanas, 21 de noviembre, 1989.....98
Centro Cívico, 1 de julio, 1987.....103
Atarazanas, 22 de noviembre, 1989.....109
Atarazanas, 23 de noviembre, 1989.....119
Atarazanas, 25 de noviembre, 1989.....126
Centro Cívico, 5 de julio, 1987.....141
Atarazanas, 27 de noviembre, 1989.....145
Atarazanas, 28 de noviembre, 1989.....152
Centro Cívico, 10 de julio, 1987.....160
Atarazanas I, madrugada del 29 de noviembre, 1989.....165
Atarazanas II, 29 de noviembre, 1989.....172

Centro Cívico, 15 de julio, 1987.....184
Atarazanas I, 30 de noviembre, 1989.....191
Atarazanas II, 30 de noviembre, 1989.....203
Centro Cívico, 20 de julio, 1987.....209
Atarazanas III, 30 de noviembre, 1989.....214
Atarazanas I, 1 de diciembre, 1989.....225
Centro Cívico, 25 de julio, 1987.....235
Atarazanas II, 1 de diciembre, 1989.....246
Atarazanas I, 2 de diciembre, 1989.....252
Centro Cívico, 30 de julio, 1987.....259
Atarazanas II, 2 de diciembre, 1989.....265
Atarazanas I, 3 de diciembre, 1989.....269
Atarazanas II, 3 de diciembre, 1989.....272
Centro Cívico, 5 de agosto, 1987.....280
Atarazanas I, 4 de diciembre, 1989.....286
Atarazanas II, 4 de diciembre, 1989.....295
Atarazanas III, 4 de diciembre, 1989.....305
Centro Cívico, 10 de agosto, 1987.....311
Atarazanas I, 5 de diciembre, 1989.....317
Atarazanas II, 5 de diciembre, 1989.....323
Centro Cívico, 15 de agosto, 1987.....331
Atarazanas I, 6 de diciembre, 1989.....340
Atarazanas II, 6 de diciembre, 1989.....351
Atarazanas I, 7 de diciembre, 1989.....355
Atarazanas II, 7 de diciembre, 1989.....364
Atarazanas III, 7 de diciembre, 1989.....374
Atarazanas, 8 de diciembre, 1989.....392
Epílogo.....402

Agradecimientos.....407

La autora: M. Scott.....411

Impreso en Málaga, España.
Printed in Malaga, Spain.
Imprimé á Malaga, Espagne.